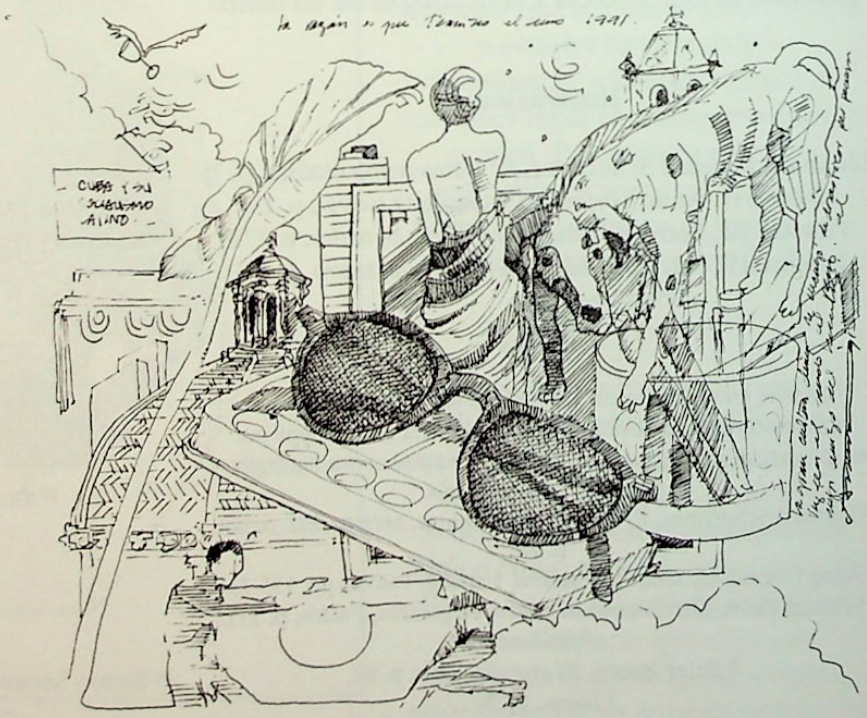
La bibliotecología, la información... y los tiempos que corren

BEATRIZ CASA TIRAO

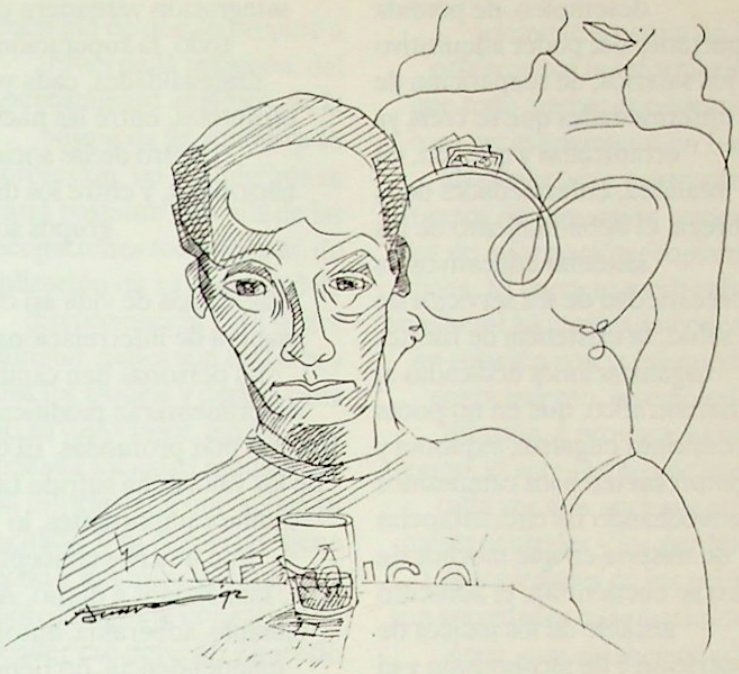
La celeridad impresionante con que actualmente se producen los acontecimientos nos deja en ocasiones asombrados y a veces hasta confundidos para asimilarlos. En verdad nos ha correspondido vivir una época de privilegio por muchas razones. Una parte importante de la historia del mundo se desarrolla ante nuestros ojos. Un mundo que había estado instalado en la bipolaridad, en la guerra fría, a veces no tan fría, en fin, en la realidad de dos potencias poderosas con sus respectivos grupos circundantes. La caída del muro de Berlín constituye un parteaguas histórico y a partir de aquel momento los acontecimientos se suceden vertiginosamente. Entonces aparece la denominación para lo que está sucediendo: nuevo orden mundial, expresión que, en realidad, estaba nombrando a una hegemonía ya antigua, pero siempre con capacidad para renovarse, a la existencia de una unipolaridad determinante de acontecimientos políticos, económicos y sociales en muchas partes del mundo.

En el curso de pocos años, el panorama ha cambiado nuevamente. Una Europa que ha comenzado a mirar dentro de sí misma y que trata de fortalecerse pese a sus diferencias internas, y los graves problemas económicos y sociales en que se debaten los países ex socialistas, así como el alto costo social con que se han llevado a cabo los programas económicos del neoliberalismo, pareciera que han provocado que varíen las reglas del juego. La velocidad con que los cambios se producen y el carácter anárquico que en ocasiones presentan, inclinan a pensar que lo que en



BEATRIZ CASA TIRAO. *Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en el Colegio de Bibliotecología. Autora del libro* Biblioteca y educación *y de numerosos artículos sobre el tema.*

realidad hay es, como sugiere un sociólogo estadunidense, un gran "desorden mundial", un *nuevo* desorden, dintinto de los que antes hemos conocido. Pero no hay que preocuparse demasiado, esto del nuevo orden mundial también está entrando en la obsolecencia. Existe, sin duda, una forma de conmoción en la sociedad actual y ella afecta todas las actividades y los hechos que en su ámbito se dan. El bibliotecólogo y sus funciones, así como el objeto de estudio y de trabajo de la bibliotecología, la información, quedan así involucrados en esta afirmación y participan de los fenómenos que se producen como parte de la complejidad de la sociedad moderna.



Pero, ¿cómo es esta sociedad que nos ocupa? Me parece interesante mencionar lo que Pablo González Casanova denomina "el discurso de la globalidad".[1] Al respecto, el ex rector de la UNAM afirma que la globalidad es una realidad imposible de negar que "expresa una creciente interdependencia de las economías nacionales, y la emergencia de un sistema transnacional bancario productivo-comunicativo que es dominante y cuyo ascenso coincide con el debilitamiento *real* de la soberanía de los Estados-nación y de las corrientes nacionalistas, anti-imperialistas, marxistas-leninistas, estas últimas en estado de confusión o de revision".[2] Existe, sin duda, un proceso de surgimiento de nuevas categorías que tiene que ver con la globalización y que se da en la realidad. Ésta es una cuestión que es necesario asumir porque "quienes siguen pensando en términos de meras luchas nacionales por la soberanía de los Estados-nación sin reparar en la nueva lucha global, o piensan en términos de meras luchas nacionales contra el imperialismo sin considerar la de las etnias o en luchas por una cultura nacionalista, excluyente del papel importantísimo de las religiones en la liberación; o sigan sosteniendo que la lucha por los derechos sociales hace innecesaria la lucha por los derechos individuales; o que la lucha de clases contra la explotación basta y excluye las luchas por la democracia y la libertad, todos ellos serán absolutamente incapaces de comprender que los cambios que se expresaron en los ochenta no sólo suponen el triunfo de nuevas hegemonías sino de nuevas categorías."[3] Esto es: el cambio existe y no podemos darle la espalda.

Lo anterior corresponde a la relación del discurso de la globalización con una realidad que debemos analizar, comprender y asumir, pero —y éste es el otro rostro de la globalización— ese mismo discurso ha resultado un instrumento eficaz para aceptar las formas de dependencia de los países periféricos en relación con los centrales, permitiendo que todo el peso de la crisis caiga sobre los primeros, y dentro de cada país, como siempre, esa crisis se refleja dramáticamente sobre las clases económicamente más débiles y ahora también sobre los grupos medios.

En esta concepción de la globalización como un medio para acentuar la dependencia germina el neoliberalismo, la peligrosa aventura económica y política de los años ochenta que, desde los inicios de esta década de los noventa, comenzó a presentar signos de desgaste pero, sobre todo, confirmó las previsiones en el sentido de los efectos negativos que tendría sobre el Tercer Mundo. Se va y deja una secuela lastimosa de

desempleo, de pérdida importante del poder adquisitivo de los salarios, de reaparición de enfermedades que se creía ya erradicadas y que son, en realidad, enfermedades de la pobreza, el debilitamiento de los sistemas educativos, la precariedad de los servicios de salud, la existencia de fuertes organizaciones dedicadas al narcotráfico, que en no pocas ocasiones engañan, explotan y comprometen a los campesinos aprovechando las circunstancias de miseria en que muchos de ellos se encuentran, el aumento notable de los índices de desnutrición y de alcoholismo y el gran número de niños de la calle que a veces son asesinados por bandas parapoliciacas pagadas, como una medida de "profilaxis". El resultado de la aventura ha sido una sociedad profundamente desigual, donde la globalización así concebida favoreció a las clases poderosas y acentuó la dependencia y la pobreza de las más débiles; una sociedad, en fin, altamente injusta donde los pobres ganan menos y comen menos pero, eso sí, pagan más. Con el auge del neoliberalismo los países periféricos perdieron la autonomía y la base social que, aunque precaria, habían obtenido en etapas anteriores.

No cabe duda de que vivimos el momento de la crisis, quizá el más doloroso, cuando antiguos modelos han desaparecido y no existen aún otros que los reemplacen. Pero es también la etapa en la que comienza la construcción de una nueva sociedad, todavía incipiente, cuya característica principal será la configuración de instituciones democráticas que permitan una integración verdadera y, sobre todo, la superación de las desigualdades, cada vez más profundas, entre las naciones y dentro de las sociedades nacionales, y entre los diversos grupos sociales.

Las formas de vida así como la manera de interrelacionarse de las personas han cambiado y experimentarán modificaciones todavía más profundas. El camino de los valores ha sufrido también cambios importantes, lo mismo que muchos conceptos que manejamos a diario. Así, por ejemplo, soberanía, autonomía, independencia, no tienen hoy igual significación que hace diez o quince años; inclusive, veladamente, se acepta que en todo caso esos valores pueden ser pospuestos ante imperativos de orden económico, por ejemplo.

La productividad, la calidad, la excelencia, la eficiencia son metas que se plantean para alcanzar en esta época de capitalismo salvaje; algunas de esas metas son deseables, naturalmente. Todos estamos de acuerdo, por ejemplo, en que tenemos que elevar la calidad de nuestro sistema educativo, pero muchos no creemos que la búsqueda de la excelencia deba fincarse en los intereses de los grupos de poder. ¿Una educación para lograr una mayor y mejor producción? o ¿una educación para que los hombres y las mujeres alcancen niveles justos de realización personal y social?

A propósito del plano educativo, éste se ve, y se verá aún más, reforzado por el empleo de la tecnología educativa y de la electrónica. El fenómeno que vivimos actualmente en relación con este punto tiene que ver con la sobrevaloración de los instrumentos tecnológicos y su empleo indiscriminado, lo cual ha originado, en primer término, una incapacidad para la comunicación interpersonal, así como para la reflexión profunda y crítica. Por otro lado, comienzan a surgir las que algunos autores denominan como "verdaderas castas tecnológicas", lo cual, evidentemente, acentúa y profundiza la desigualdad educativa. A esto hay que agregar que las ciencias duras y las carreras tecnológicas se encuentran privilegiadas por parte de quienes tienen en sus manos el poder de decisión en materia educativa, en tanto que las humanidades y las ciencias sociales se encuentran en franco declive en razón de la falta de apoyo que sufren.

En el terreno laboral, los trabajadores se ven obligados a aceptar salarios que no satisfacen sus necesidades básicas, dado que la otra posibilidad es la exclusión: salarios con topes irrisorios o desempleo. Ante la indefensión en la que se encuentran por la traición de los líderes sindicales, no tienen otra alternativa que ceder. Por otro lado, el desempleo acusa niveles alarmantes, no sólo en los países periféricos sino, inclusive, en los desarrollados. Y afecta a diversos niveles de trabajadores. Una reciente información del INEGI asegura que en México el 73% de los profesionales trabaja como obrero o empleado.[4]

Esta visión de la sociedad actual pareciera mostrar visos de pesimismo; sin embargo,

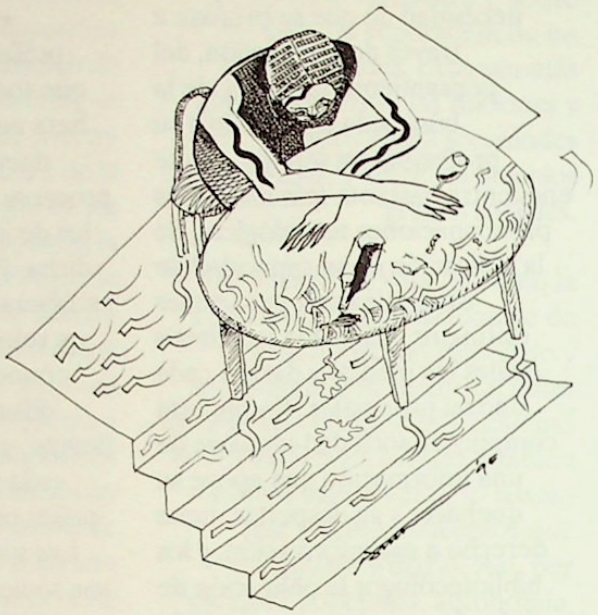
corresponde a una realidad apreciable a simple vista. No obstante, también hay sucesos que, como resultado de las nuevas concepciones, se presentan como positivos en relación con el futuro. Así, por ejemplo, toda esta verdadera cultura de la defensa de los derechos humanos y de los derechos de la sociedad ha permitido que irrumpan en el escenario social nuevos actores que integran grupos decididos a luchar contra la marginación a la que hasta ahora han sido sometidos. De esta manera las mujeres, las minorías étnicas, los homosexuales, los jóvenes y los ancianos, los grupos intermedios tales como los colonos y los ecologistas, aparecen dispuestos a reclamar su integración al resto de la sociedad. El momento que vivimos nos ha mostrado, sin duda, muchos desmoronamientos, pero este mismo hecho nos está indicando que es tiempo de construir.

Dentro del panorama de la sociedad actual y de los tiempos que por ella corren, la información desempeña y debería desempeñar un papel fundamental; por lo tanto, el bibliotecólogo, que es quien posee los recursos para que la información cumpla su función, es el profesional que tiene la delicada misión de hacerla viva y útil. ¿Que información? Información para informar... Información para crecer... Información para manipular... Existen muchos tipos de ella, especialmente según el empleo que se le dé. A partir de este punto de vista es posible comprender la grave responsabilidad que el bilbliotecólogo tiene y la necesidad de que se prepare a través de la reflexión, del pensamiento analítico, de la búsqueda de sentido a su profesión, un sentido que se encuentra bastante más allá de las preocupaciones tecnológicas, de la aplicación de su capacidad de discriminación para poder distinguir cuáles son los fines y cuáles los medios y darle a cada uno su justo valor. En fin, esta complicada sociedad requiere de una información que apoye su quehacer y su despertar, tiene derecho a esa información, y los bibliotecólogos la obligación de defender ese derecho y hacerlo realidad.

Sin embargo, las cosas no son tan sencillas como pudieran parecer. Desde el punto de vista de la educación, los hombres y mujeres de esta época requieren de un proceso que les permita desenvolverse en el medio que esta sociedad descrita configura y necesitan también elementos de apoyo acordes. Entre estos elementos ocupa un lugar preferencial la información ya que todo quehacer educativo se basa necesariamente en fuentes documentales, tanto para los procesos de formación como para los de información propiamente dicha. El impacto modernizador neoliberal ha cambiado conceptos en relación con la búsqueda del conocimiento, su empleo y su difusión, y provoca, al mismo tiempo, el surgimiento de brechas cada vez más anchas entre los países centrales y los periféricos. Las sociedades de los primeros son sociedades informatizadas, es decir, que el saber no sólo se valora en cantidades de información sino que requiere poder ser manejado en lenguaje de máquina. La informática, que en las sociedades posmodernas se transforma en una condición imprescindible para el manejo del saber, impone su propia lógica y en ella ocupa un lugar importante el carácter de mercancía que se le adjudica al saber. Lyotard señala que "El saber es y será producido



para ser vendido y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción: en los dos casos para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su 'valor de uso'."[5] A partir de esto es posible imaginar que los conocimientos pueden ser manejados como los recursos financieros: unos serán empleados para la adquisición de instrumentos relacionados con la vida cotidiana como, por ejemplo, la supervivencia, y otros serán empleados para obtener nuevos conocimientos y para perfeccionar los programas existentes.



Por otro lado, en la vertiente de la trasmisión del conocimiento, del saber, "las universidades y las instituciones de enseñanza superior son de ahora en adelante solicitadas para que fuercen sus competencias y no sus ideas: tantos médicos, tantos profesores de tal o cual disciplina, tantos ingenieros, tantos administradores, etc. La trasmisión de los saberes. . . proporciona al sistema los "jugadores" asegurar convenientemente su papel en los puestos pragmáticos de los que las instituciones tienen necesidad."[6] De esta manera, en la trasmisión del saber y en la búsqueda del conocimiento ya no es el logro de la verdad lo que interesa, sino la obtención de utilidad y, por lo tanto, la calidad "vendible" del saber.

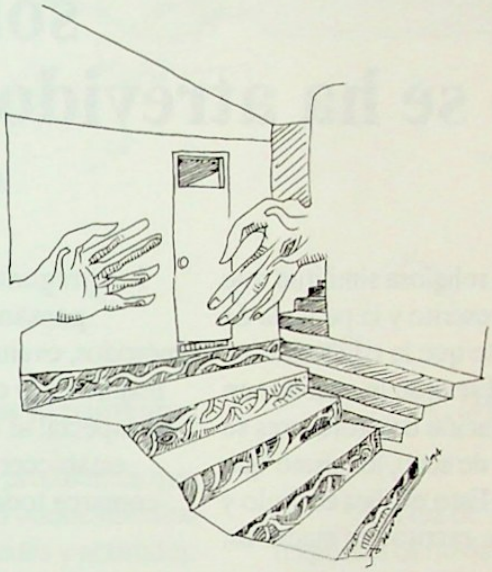
El neoliberalismo, que actualmente pareciera que sólo en el Tercer Mundo continúa siendo sustentado, toma estos modelos y los aplica en los países dependientes sin siquiera tener en cuenta las diferencias en las condiciones objetivas con los países desarrollados. Esto ha promovido la formación de grupos de élites con un buen nivel científico que serán los que manejen no sólo el campo del saber, determinando de manera autoritaria los tipos de saberes que son necesarios, sino que serán quienes detenten el poder de decisión en las áreas más importantes de la vida social. Serán quienes posean el saber estratégico por encima de grandes grupos de la población que no tienen acceso al mismo.



Como antes lo había mencionado, hay una relación estrecha entre los procesos que permiten el acceso a la información y la función del bibliotecólogo como manejador de la misma. Este carácter es el que determina la necesidad de que el bibliotecólogo sea capaz de ubicarse con una actitud ecuánime frente al nuevo panorama que ofrece el quehacer que tiene que ver con la información para que de esa manera pueda valorar el papel que la misma cumple en la actualidad. Igualmente deberá evaluar la forma cómo el desarrollo habido en los

países centrales en relación con la tecnología de la información afecta a los países periféricos actualmente; pero el punto central de su análisis deberá ser el valor de la información en relación con las necesidades reales de los usuarios. La información es valiosa cuando se encuentra en acción, es la que se requiere y, por lo tanto, puede ser empleada adecuadamente. Es también el vehículo por medio del cual el conocimiento, el saber, es trasmitido. Si como sostienen algunos autores "Muchos de los países en desarrollo producen menos del 1% de la literatura científica mundial y quizá una proporción menor aun de la información técnica total",[7] entonces no cabe duda que la mayor parte de la información que se maneja en estos países procede de aquellos altamente desarrollados. Esto es importante tenerlo en cuenta ya que las necesidades de ambos tipos de países son diferentes, ya que en tanto los desarrollados tratan de resolver problemas propios de la industrialización, por ejemplo, los otros, en gran medida, se encuentran debatiéndose entre problemas que tienen que ver con la necesidad de crecimiento a partir de la solución de situaciones de subsistencia.

Antes, al hablar de la sociedad actual, mencioné algunas de las características que la distinguen y la agobian especialmente en los países del Tercer Mundo; creo que los profesionales de la información debemos tener muy clara esta situación para poder cumplir con la obligación de orden social que nuestra labor supone. Esto significa, en gran medida, el aprovechamiento de los recuerdos que hoy ofrece la tecnología para facilitar el acceso a la información, teniendo en cuenta las necesidades reales de nuestro medio y de nuestro tiempo. Pero no caigamos en lo que yo llamaría las "vanidades tecnológicas", aquellas que nos llevan a poner los medios por encima de los fines. Algunas pautas en este sentido son: ser buenos seleccionadores de información; buscar aquella destinada a incidir positivamente sobre la realidad en la cual nos encontramos inmersos; no descartar los recursos que la modernidad nos ofrece, sin olvidar que la búsqueda de la verdad y la belleza es una tarea que nos reivindica como profesionales y nos acerca a la función social que antes he mencionado.



En definitiva, es posible decir que en el marco de la sociedad actúal la información tiene una función que cumplir y a ella debemos estar atentos pero, al mismo tiempo, habremos de estar concientes de que las soluciones a los problemas sociales no vendrán de la labor aislada de disciplinas o instituciones o profesionales, sino que tendrá que ser el resultado de una tarea mancomunada donde participen todos los actores sociales en un proceso de integración de esfuerzos, conocimientos y recursos de todo orden. En relación con esto, los bibliotecólogos debemos cultivar nuestra capacidad para el trabajo en equipo y debemos ser fuertes pero al mismo tiempo humildes frente a las tareas que hay que realizar. Fuertes porque la labor no será sencilla, humildes porque la información no es el único requerimiento que tiene la humanidad y en muchos casos tampoco el más urgente •

Notas

[1] GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, "La crisis del Estado y la democracia en el Sur", en *Perfil de la Jornada*, feb. 4, 1992.
[2] *Ibid.*
[3] *Ibid.*
[4] "El 73% de profesionistas mexicanos trabaja como obrero o empleado", en *La Jornada*, marzo 13, 1994, p. 47.
[5] LYOTARD, Jean François, *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, México, Red Editorial Iberoamericana, p. 13.
[6] *Ibid.*, p. 90.
[7] *Ibid.*, p. 95.